

Correlaciones

MARÍA PILAR DONATE SANZ

Contraté a Ipsy, un sistema operativo al que modulé con voz masculina. Era impactantemente eficaz. No sé si entre sus facultades se encontraba la de leer la mente. En todo caso, al mismo tiempo que le explicaba la necesidad de encontrar una persona para que me ayudara a excavar, el timbre de la puerta sonó. “Ahí la tienes”, afirmó mecánicamente. En efecto, sobre el felpudo había una joven de unos treinta años, con el pelo atado en un moño redondo y dientes blancos. Sujetaba una pantalla en la que estaba recogida toda su trayectoria profesional y los comentarios de los jefes para los que había trabajado. ‘Lina Sindere. Colaboración en yacimientos romanos. Experta en la edad media, Primera Guerra Mundial y siglos XXI y XXII’. ‘Observaciones: dinámica, buen uso de la rasqueta, el pico, la pala’.

—¿Conoce el tipo de yacimiento sobre el que vamos a investigar? —le pregunté con tono serio.

¡Claro que lo sabía! Ipsy se había encargado de pasarle mi último artículo, censurado —como la mayoría de mis trabajos— por el GVC (Grupo de Vigilancia Científica). No era para menos. Me dedicaba a destapar fosas comunes de todas las

épocas, especialmente del siglo XXIII y XXIV. No por antojo. Frente al discurso oficial en el que se afirmaba que la guerra era inevitable, innata en el ser humano, había un elemento del que cada vez me sentía más próxima —que podía dar una visión diferente— y cuya respuesta estaba segura de que se encontraba en aquellos restos viejos y enterrados.

No le dedicamos demasiado tiempo a las presentaciones. Simplemente cogimos el maletín con todos los utensilios y nos fuimos. El resto de aparatos —cubos, carretillas, palos— estaban ya sobre el terreno. Los había dejado el día anterior, cuando realicé las mediciones y planté los clavos con las cuerdas para delimitar en forma de cuadrícula. Al llegar verifiqué que todo seguía en su sitio y miré al cielo —el tiempo nos respetaría—. Aunque la mañana se había puesto negra, las nubes habían soplado lo suficiente para alejarlas y dejar la atmósfera limpia. Nada peor que la lluvia para excavar. Mezcla los estratos, al polvo lo transforma en fango y las huellas de las mariposas —en el caso de que las hubiera— desaparecen.

En el rostro de Lina noté impaciencia, como si esperara descubrir un tipo de tumba nunca antes encontrada en el mundo, en el que los muertos yacieran con poesías de agradecimiento —escritas por sus coetáneos— por haber vivido y haber dejado un legado digno. Me pareció entrañable. Creo que cuando elegí hacerme arqueóloga deseaba encontrarme con algo similar. Sin embargo, la realidad se reveló de manera muy diferente: fosas en las que descansaban agitadamente cuerpos fusilados por la ira, la venganza y la injusticia.

—¿Empezamos? —le sugerí al tiempo que le aproximaba la pala y unos guantes, sus manos me parecieron sensibles.

Decidimos posicionarnos en dos cuadrados contiguos. Cavamos rápido. La tierra salía sola. Tenía una textura arenosa, lo que nos permitía sacarla con la finura y ligereza de la mantequilla. Nos fuimos deslizando por el tablero cual reinas triunfantes de ajedrez. Concentradas. No hablamos. En horas solo pudo oírse nuestra respiración entrecortada por el esfuerzo. Apenas paramos unos minutos para refrescarnos, Ipso nos obligó.

—Necesitan hidratarse —nos dijo, dándonos todos los datos agonizantes en sales y minerales que nuestro organismo desprendía.

Tenía la sensación de que a ese ritmo no tardaríamos en llegar al centro de la tierra. Pero no fue así. De repente mi pala chocó contra algo duro. No era roca, ni madera, ni hierro. El sonido me sugirió la textura de un material que no se utilizaba desde hacía siglos, ‘hormigón’ —una mezcla de caliza, arcilla, grava, arena y agua—. Automáticamente Ipso proyectó un dibujo en el suelo, reproduciendo la estructura que yacía bajo nuestros pies. No era una fosa. Había múltiples salas, unas con forma de anfiteatro, otras con sillas, con estanterías, pizarras, tizas, ordenadores monstruosos, microscopios, esqueletos de plástico, también había pasillos y zonas arboladas en torno al edificio.

—Es una universidad —concluyó Lina.

“¿Una universidad?”, pensé. No recordaba ni qué era ni para que se utilizó. Había leído artículos de otros compañeros sobre estaciones de tren, faros, puentes. La GVC no los censuraba. Algo menos sabía sobre iglesias y mezquitas, ya que en las publicaciones solo aparecía: ‘Edificios existentes en siglos pasados, sin funcionalidad precisa’. Pero sobre la universidad... nada. La chica debió leer mi cara, tengo la mala costumbre de elevar las cejas y

dilatar las pupilas ante situaciones como esta, revelando inocentemente mi ignorancia. Ella se puso pálida. Temblorosa.

—Tapemos de nuevo el yacimiento —me dijo angustiada— Dejemos todo como estaba y volvamos.

No lo dudé. Ella era especialista de siglos de los que yo poco sabía. Quizás se tratara de un lugar en el que se hubiera albergado alguna epidemia. Atrapé de nuevo la pala por el mango y empecé a recolocar toda aquella arena que minutos antes había quitado cual hormiga fabricando los túneles de su guarida. Arrancamos los clavos y las cuerdas. No dejamos rastro.

Cuando llegamos a mi casa Lina todavía tiritaba. Aunque poco a poco fue recobrando el color de melocotón que tenía en las mejillas cuando la conocí por la mañana. Le preparé una infusión y le puse una mantita que simulaba artificialmente las pieles con la que se cubrían los prehistóricos. El tacto era ligeramente punzante pero calentaba en abundancia. No quise ser inoportuna, por lo que no le interrogué, esperé simplemente a que se sintiera cómoda. En ese tiempo me duché con agua tibia y empecé una partida de ajedrez con Ipson, pese a que odiaba jugar con los sistemas operativos, ya que siempre ganaban.

—Encontré la historia de un profesor en los archivos clandestinos —murmuró a pesar de querer ser escuchada.

Se tapó cuidadosamente las rodillas con la manta y me pidió que me acercara.

Me explicó que vivió en el siglo XXI, se llamaba Marco D. Impartía clases de filosofía en una universidad europea.

—Las universidades eran las instituciones donde se encontraba el saber —me dijo, dando respuesta a mi inquietud.

Subido en una tarima de madera, ataviado con una chaqueta de pana marrón claro y unas botas con los lazos deshilachados, con unas gafas con las que en ocasiones veía y en otras inventaba, explicaba entusiasmado el mito de la caverna de Platón (pensador censurado también por la GVC). Realizaba dibujos sobre la pizarra y anotaba datos relevantes —fechas y nombres de los que solo escritos se pueden recordar—. Los alumnos levantaban la mano para hacerle preguntas. Los debates estaban asegurados. No todos opinaban igual, lo que les llevaba a seguir investigando.

Además de él había otros profesores formados en diferentes ramas y materias. Arte, historia, matemáticas, literatura, medicina. La mezcla de ideas llevaba a los estudiantes a organizarse y crear revistas, asociaciones, grupos de trabajo, manifestarse por aquello que no consideraban justo. Pensaban. Hasta que empezaron a tener mayor presencia las Tecnologías de la Información y la Comunicación.

Los alumnos dejaron de ir progresivamente a clase. A Marco D. le propusieron desde el rectorado no regresar al anfiteatro sustituyendo las clases presenciales por ciberconferencias. Le sucedió lo mismo al resto de sus compañeros. En cuestión de un suspiro las universidades se quedaron vacías, llegando a aprobarse un decreto por el que se prohibían. Toda la información corría a través de internet sin que nadie conociera la fuente de donde provenía, las ciberconferencias empezaron a ser manipuladas.

—Estudiantes —decían— la única forma de aprender es a través del trabajo.

La población se robotizó, se deshumanizó.

—¡Creo que lo tengo! —exclamé—, Lina dejó de hablar.

Me lancé a andar alrededor del salón. Agitado. Las ideas me golpeaban confusas. Le pedí a Ipso que proyectara en la pared el mapa en el que había situado el número de guerras que habían tenido lugar —incluidas las presentes— por estratos/siglos (representadas con la letra G) y que localizara para los mismos estratos/siglos el número de universidades (representadas con la letra U).

El resultado fue revelador.